

Amor a la verdad

MANUEL FERNÁNDEZ AREAL

Catedrático de Periodismo. Profesor Emérito de la Universidad de Vigo

He conocido pocas personas– por no decir que ninguna– con tanto amor a la verdad como San Josemaría Escrivá de Balaguer. He conocido pocas personas– por no decir que ninguna otra– con más capacidad de comunicarla que San Josemaría Escrivá de Balaguer.

Durante mucho años, he ejercido el Periodismo en particular y lo que hoy entendemos por Comunicación Social en general, y siempre he tratado de distinguir entre la información– hechos, noticia– y los otros géneros comunicativos: propaganda ideológica, publicidad; dejando clara siempre la distinción entre decir lo que pasa y opinar sobre eso que pasa o ha pasado o puede pasar, opinar sobre hechos ciertos.

He leído con fruición y he meditado, desde muy joven, un libro que entre mis compañeros de Universidad comenzaba por entonces a divulgarse cuando yo hacía primero de Derecho, y antes de derivar hacia el Periodismo como profesión, sin abandonar nunca los criterios de justicia y derecho que en mi carrera primera adquirí. Ese libro, *Camino*, he reconocido muchas veces que dejó profunda huella en mi alma. En él aprendí, por ejemplo: «No tengas miedo a la verdad, aunque la verdad te acarree la muerte» (*Camino* 34).

Como periodista profesional y como catedrático universitario, encargado de hacer llegar a otros el amor a la verdad en la información, traté de practicar siempre ese consejo. Y, en alguna ocasión, decir la verdad me supuso alguna contrariedad; pero, ¡qué satisfacción contribuir a esclarecer la verdad!

1. LA VERDAD ES LA VIRTUD MÁS IMPORTANTE

He tenido ocasión no sólo de leer, sino de escuchar a San Josemaría y de verle y conocerle personalmente. Y siempre, en sus escritos, llenos de sencillez, de estilo si se quiere periodístico –sin afectación, sin circunloquios, sin vanidad, llamando al pan, pan y al vino, vino –; en sus diálogos con pocas personas o con miles de ellas; en sus encuentros con la gente más variada, de todas las edades, de todas las profesiones, de todas las maneras de pensar, católicos y no católicos, incluso personas sin fe, pero de buena voluntad; en sus respuestas, a preguntas sencillas o menos simples, incluso a veces con retranca; en sus coloquios y sus expansiones ante los demás, siempre, siempre decía la verdad, se mostraba con naturalidad y sencillez, pero con respeto para todos y cada uno, y la decía de tal manera que llegaba a todos los oyentes y nadie se quedaba sin saber qué quería decir, sin poder desentrañar eso que en Teoría de la Comunicación llamamos «el contenido del mensaje».

¿Cuál podría ser el secreto de su capacidad para hacerse entender tan fácilmente, para llegar a todos los públicos? Sin duda su amor a la verdad, y su sencillez; es decir, su tratar de ser siempre verdadero y de hacer llegar a otros la verdad sin la menor doblez, ni la menor afectación, sin vanidad, sin orgullo, sin resquemores, sin guardarse nada en la recámara. Su amor a Cristo, la gran Verdad, LA VERDAD, le llevaba a ser verdadero hasta el heroísmo.

Amaba la verdad con todas sus consecuencias. Predicaba la verdad porque trataba de vivirla él primero. Por eso, porque amaba la verdad, no podía, por ejemplo, «admitir el miedo a la ciencia, porque cualquier labor, si es verdaderamente científica, tiende a la verdad. Y Cristo dijo: *Ego sum veritas*. Yo soy la verdad» (Homilía titulada «Vocación cristiana», recogida en el libro *Es Cristo que pasa*).

Esta convicción le llevaba a amar apasionadamente la verdad y consecuentemente la libertad de todos. Porque la libertad es el clima necesario para que florezca la verdad. Por eso son hoy tan atractivos sus escritos para los profesionales de la información, que necesitan de la libertad para poder descubrir, relatar y transmitir la verdad a otros.

Uu amor a la verdad, le llevaba a presentarnos ejemplos de la vida cotidiana que vívidamente reflejan su manera de vivir y su deseo de acercar a los demás a la felicidad que Cristo vino a traer. Era proverbial su razonamiento de cómo hay que decir la verdad ante el médico, si uno quiere ser curado, trasladándolo a la vida personal de cada uno cara a Dios. Porque el Señor– decía – es, para nosotros Rey, Médico, Maestro, Amigo. Y, como Médico «cura nuestro egoísmo, si dejamos

que su gracia penetre hasta el fondo del alma. Jesús nos ha advertido que la peor enfermedad es la hipocresía, el orgullo que lleva a disimular los propios pecados. Con el Médico es imprescindible una sinceridad absoluta, explicar enteramente la verdad...» (Homilía *La eucaristía, misterio de fe y de amor*).

2. UNA VERDAD A MEDIAS, NO ES VERDAD

Otro periodista catalán, Andrés Garrigó, entonces joven director de una publicación estudiantil, *Gaceta Universitaria*, le entrevistaba en 1967 sobre el trabajo de los periodistas y muy concretamente de los que se dedicaban a publicaciones universitarias. Le decía San Josemaría que el periodismo «es una gran cosa, también el periodismo universitario. Podéis contribuir mucho a promover entre vuestros compañeros el amor a los ideales nobles, el afán de superación del egoísmo personal, la sensibilidad ante los quehaceres colectivos, la fraternidad. Y ahora, una vez más, no puedo dejar de invitaros a amar la verdad.» Y, por si no quedase suficientemente claro, agregaba: «No os oculto que me repugna el sensacionalismo de algunos periodistas, que dicen la verdad a medias. Informar no es quedarse a mitad de camino entre la verdad y la mentira. Eso ni se puede llamar información, ni es moral, no se pueden llamar periodistas a los que mezclan con pocas verdades a medias, no pocos errores y aun calumnias premeditadas: no se pueden llamar periodistas, porque no son más que el engranaje— más o menos lubricado— de cualquier organización propagadora de falsedades... Informad con hechos, con resultados, sin juzgar las intenciones, manteniendo la legítima diversidad de opiniones en un plano ecuánime, sin descender al ataque personal. Es difícil que haya verdadera convivencia donde falta verdadera información, y la información verdadera es aquella que no tiene miedo a la verdad ...» (en *Conversaciones*, pp., 155-173).

Me ha resultado siempre especialmente atractiva la actitud de quienes profesionalmente entregados a la tarea de hacer llegar la verdad de los hechos a otros, ordinariamente a públicos amplios, a través de los medios de comunicación conocidos como de masas —aunque no siempre su audiencia sea muy masiva— defienden su independencia en orden a hacerlo sin faltar a la verdad, superando presiones que les llevarían, si cedieran, a deformar los hechos, a no comunicar la realidad de los hechos.

Ese amor a la verdad, aunque acarree, al llevarlo a la práctica de la profesión, y a la vida de convivencia humana en general, consecuencias desagradables, ha sido siempre objeto de la predicación de San Josemaría, que ha llegado a afirmar:

«El mundo vive de la mentira; y hace veinte siglos que vino la Verdad a los hombres. –¡Hay que decir la verdad!, y a eso hemos de ir los hijos de Dios. Cuando los hombres se acostumbren a proclamarla y a oírla, habrá más comprensión en esta tierra nuestra (Forja, 130).

Toda una lección de Periodismo, que hoy merece la pena recordar y difundir. Porque hoy, cuando, felizmente, el derecho a la *información veraz* está reconocido en el artículo 20 de nuestra Constitución, los profesionales tenemos que reconocer que se miente bastante, se olvida con frecuencia el deber profesional de verificar la información en la búsqueda de la verdad y no del éxito, se sirve a intereses ajenos a ese derecho a la verdad que el público tiene y se ignora prácticamente– en ocasiones– que se trata de un verdadero derecho del público, integrado por ciudadanos concretos, y que el periodista es, simplemente, un servidor de la verdad, alguien en quien la sociedad deposita su confianza para que gestione la información, la depure, la trate según unas técnicas que él conoce y la ofrezca limpia, verdadera, sin ceder a presiones políticas, ideológicas o económicas.

3. LOS HECHOS SIGUEN SIENDO LOS HECHOS

Anda la profesión periodística en España, hoy, un tanto inquieta porque, de una parte, la figura del periodista aparece mezclada, confundida con la de ciertos aventureros del Periodismo, que no respetan las reglas deontológicas de una profesión que puede y debe ser y ha sido enormemente útil a la sociedad. Y de otra, no acaba de encontrar el camino más llevadero para lograr su dignificación, que pasa– pienso– por la práctica de una exigente autorregulación, un control de calidad que le permita resultados como los que en el ámbito de la Publicidad se están alcanzando con una Asociación privada y totalmente voluntaria que vela por el buen nombre de los profesionales de esa rama de la Comunicación.

Dije en muchas ocasiones que es preciso no caer en la trampa de los «nuevos modos» de informar, que se dicen influidos por las nuevas tecnologías y se afirma suprimen la separación entre hechos y opiniones. En Prensa, Radio, Televisión, en papel, sobre las ondas o en Internet, pienso que el periodista de nuestros días tiene que seguir siendo fiel a su deber de comunicar la verdad, lo que le llevará a informar con hechos y a mantener la legítima diversidad de opiniones.

Así es como el periodista seguirá siendo útil a la sociedad.